This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

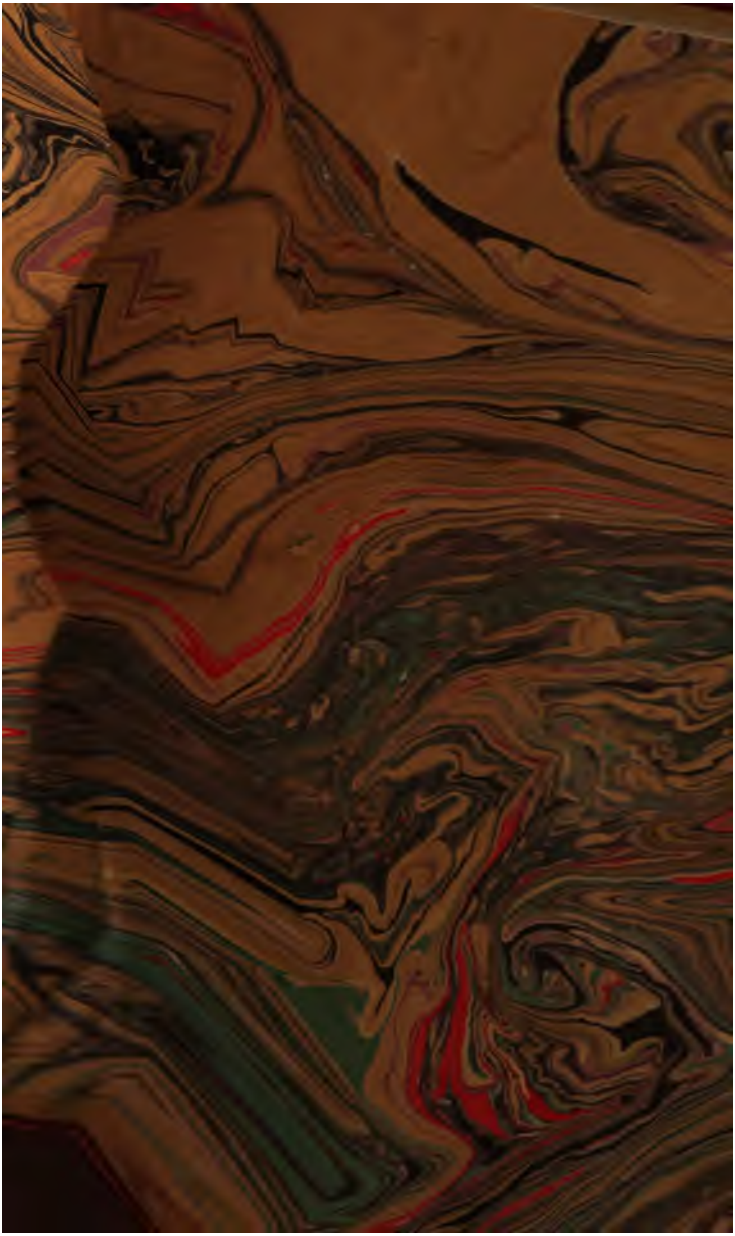
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

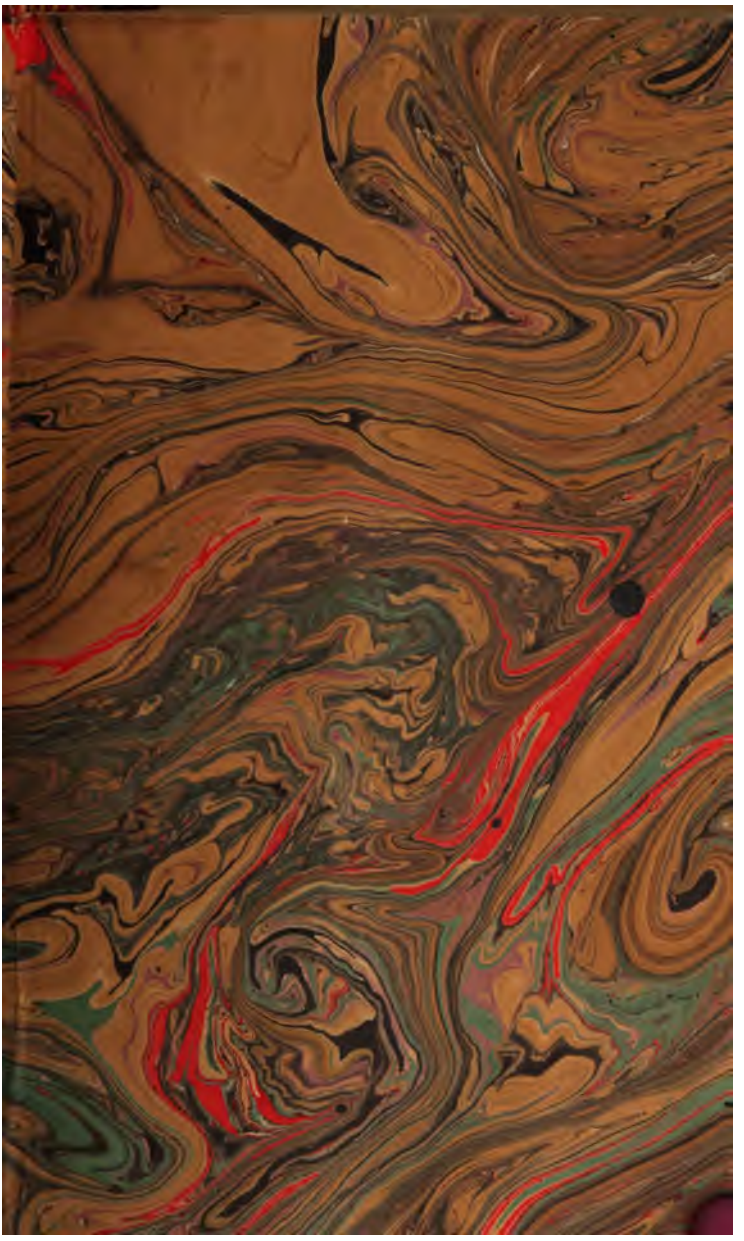
El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

A 464683 DUPL

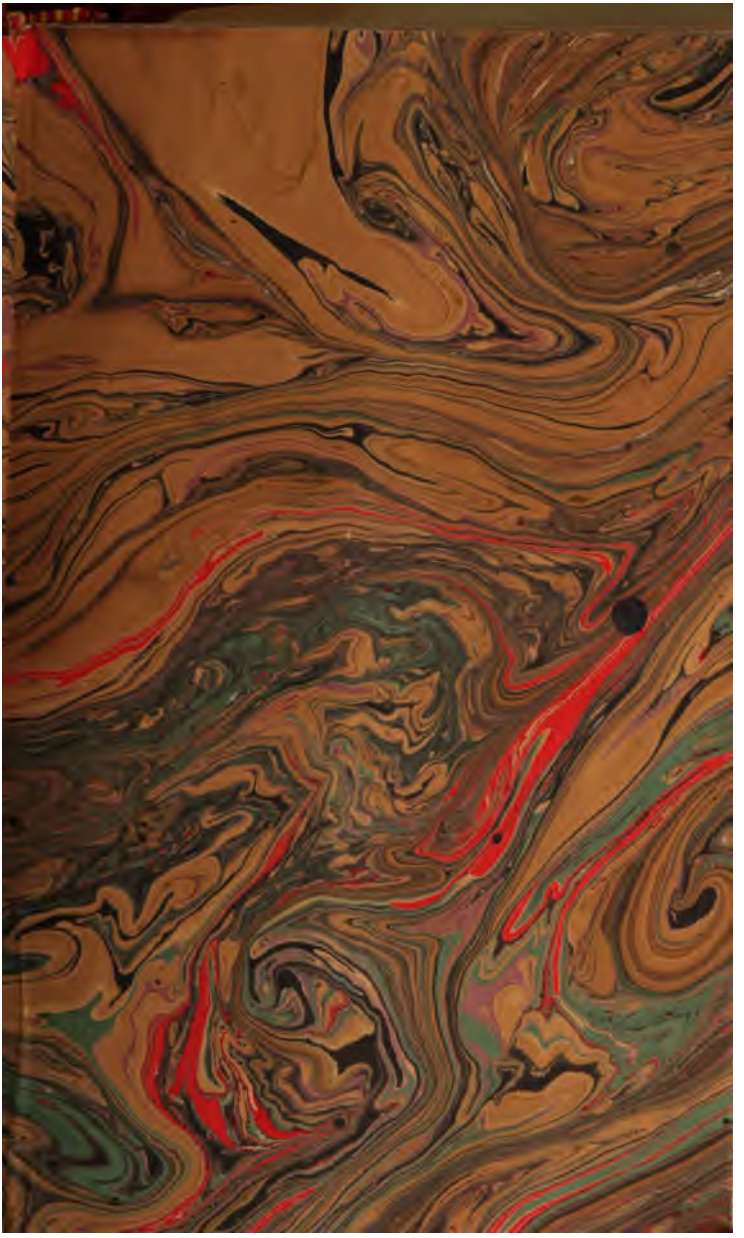
THE UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARY



THE UNIVERSITY OF MICHIGAN



THE UNIVERSITY OF MICHIGAN



THE UNIVERSITY OF MICHIGAN

+1

ROMANCERO

DE

DON JAIME EL CONQUISTADOR

ROMANCERO

DE

DON JAIME EL CONQUISTADOR

POR

ADOLFO LLANOS y Alcaraz

PREMIADO CON MEDALLA DE ORO

EN PÚBLICO CERTAMEN

por la

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

É IMPRESO Á SUS EXPENSAS

MADRID

IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Don Evaristo, 8

1889

868
L7814rn

973180-110

LOS PRIMEROS AÑOS

1208 Á 1228

NACIMIENTO DE DON JAIME.

2 DE FEBRERO DE 1208.

La Reina Doña María
Lágrimas vierte á raudales;
En Mireval está sola,
Tiene el palacio por cárcel.

¡Qué silencio en su retiro!
¡Qué humilde luto en su traje!
¡Qué palidez en su rostro!
¡Qué rigor en sus afanes!

Ausente vive Don Pedro:
Al pie del tálamo yace
La esperanza de una esposa
Con amor y sin amante,

Mientras el Rey se divierte
En su castillo de Lates,
Entregándose á los goces
Para olvidar los pesares.

***

Sucesor á la Corona
Piden plebeyos y grandes:
No tendrán lo que desean;
El Rey quiere divorciarse.

Amador antojadizo
Y guerrero infatigable,
Busca breves alegrías
En amores y combates.

Huye del placer seguro,
Desdeña victoria fácil,
Sólo persigue con ansia
Lo que no tiene á su alcance.

Sus pasiones son caprichos
De voluntad insaciable;
Apenas lucen, ya mueren
Cual relámpago brillante.

Hallan vida en un antojo,
Alimento en una frase,
Sepultura en el hastío,
Epitafio en un donaire.

***

De Catalina Rebusse,
Beldad entre las beldades,
Hechizaban á Don Pedro
Los encantos deleitables.

Un noble le ofrece ayuda:
Pronto le dice: «Triunfaste;
En tu cámara esta noche;
Yo seré quien la acompañe.»

Á obscuras entra la dama;
Al amanecer, invaden
La habitación los prelados,
Los señores principales.

Despierta el Rey: en su lecho
Está la Reina, mirándole
Con el inmenso cariño
De la esposa incomparable.

Fué perdonado el engaño,
Celebróse en todas partes,
Revivió Doña María
Y vino al mundo Don Jaime.

***

Á Montpeller va el monarca
Jinete en potro arrogante;
Lleva á la Reina en la grupa:
La multitud los aplaude.

Para mostrar su alegría
El pueblo compone el baile
Del *chevalet,* que es ornato
De las fiestas populares,

Y al ver juntos á los Reyes
Todos gritan: «¡Salve! ¡Salve!
¡Nuestro Señor los ayude!
¡La Santa Virgen los guarde!»

***

Quieren saber de qué modo
El Príncipe ha de llamarse:
Don Pedro y Doña María
Consultan á los magnates.

Mas de improviso la Reina
Discurrió que se grabasen
Los nombres de los Apóstoles
En doce cirios iguales.

Encendiéndolos á un tiempo
Eligió el que más durase:
Once cirios se acabaron;
Quedó sólo el de San Jaime.

*
* *

Llevan el niño á la iglesia:
Al traspasar los umbrales
Entona el coro un *Te Deum*
Sin haber visto al infante.

Repítese el hecho extraño
En otra iglesia: los padres
Del noble recién nacido
Celebran estas señales.

Son augurio venturoso
Que el cielo quiere otorgarle,
Prometiéndole la gloria
De los seres inmortales.

El que fué digno monarca,
Espejo de capitanes,
Maravillosa figura
De epopeya y de romance,

Sin el auxilio divino
Jamás lograra elevarse
Hasta la altísima cumbre
Pedestal de los gigantes.

LA ORDEN DE LA MERCED.

1218.

SEPÚLTASE en el ocaso
La noche; fulgente aurora
Con su mirada acaricia
Los muros de Barcelona.

El niño Rey se despierta,
De hinojos á Dios invoca,
Llama á sus deudos y amigos
Y al verlos entrar solloza.

«No es dolor, es gozo inmenso,»
Prorrumpe: «¡Cantad victoria!»
Y sigue así, dando muestras
De facundia portentosa:

«Tranquilo anoche dormía;
Despiértome con zozobra;
Extraña quimera ofusca
La imaginación absorta.

»Milagroso es cuanto veo:
Los tapices de la alcoba
Se levantan, y los muros
Sin estruendo se desploman.

»Aparecen á mi vista
En extensión asombrosa
Mundo y cielos, inundados
Por resplandores de gloria.

»Una mujer, un prodigio,
Imagen encantadora
Que luce en su pura frente
Inmarcesible corona,

»Á la sorprendida tierra
Desciende majestuosa
En un trono de luceros,
Sobre nubes de palomas.

»Al verla llegar, el orbe
Himnos de júbilo entona;
Ignotos astros derraman
Claridad esplendorosa.

»Con sus inmensos tesoros
Naturaleza se adorna;
Despiértase cuanto duerme,
Cuanto existe se alboroza.

»Las enhiestas cordilleras
Le abren camino en la roca;
Baja el monte á la llanura
Para servirle de alfombra.

»Pueblan el azul espacio
Armonías deliciosas;
Difúndense por los aires
Embriagadores aromas.

»El seco tallo revive,
La brava fiera se postra,
Madura el fruto tardío,
Vuélvese miel la ponzoña,

»Esto dicho, desparece;
Reinan de nuevo las sombras;
Queda por siempre la imagen
Esculpida en mi memoria.»

Pedro Nolasco y Raimundo
De Peñafort se interrogan
Con expresiva mirada
Que inmenso placer rebosa.

—«Señor,» dicen á Don Jaime:
«Anoche á la misma hora
Vimos también á la Virgen
Y nos habló en igual forma.»

El Rey con ardor prorrumpe:
—«¡Oh Virgen maravillosa!
Lo que á tus siervos ordenas
Se cumplirá sin demora.»

CASAMIENTO DEL REY.

1221 Á 1225.

CUMPLE trece primaveras
El monarca: su familia,
Los magnates y prelados
Noble esposa le destinan.

El Rey no sabe oponerse:
Acepta con alegría
La mano de la princesa
Doña Leonor de Castilla.

No apunta el bozo á Don Jaime;
Doña Leonor es muy niña;
Pero razones de Estado
Á los reyes sacrifican.

En Ágreda se desposan;
La gente inunda la villa;
En Tarazona se velan;
El pueblo los felicita.

De Aragón y Cataluña
Los barones acudían;
Los monarcas castellanos
Llevan grande comitiva.

Arman al Rey caballero:
Él no espera que le ciñan
La espada, porque la toma
Con arrogante osadía.

Todos muestran regocijo;
Los novios causan envidia;
Pecheros y cortesanos
Altas glorias pronostican.

Ninguno acordarse quiere
De que no arraiga la dicha;
Ninguno piensa que el gozo
Es ave que nunca anida.

Inmediato parentesco
El matrimonio impedía:
El Pontífice lo sabe,
Á los cónyuges castiga.

Es repudiada la esposa;
De la corte se retira;
En el convento de Burgos
Acaba su triste vida.

Los consejos de los nobles
Tal desgracia producían:
Á menudo la torpeza
Tiene visos de malicia.

***

Al fin el joven monarca
Esposa y amor olvida:
Otro objeto le enardece,
Otra pasión le domina.

Prepárase valeroso
Á formidable conquista;
Entusiasma á los soldados,
Á los barones avisa.

Alagón, Foces y Luna
Le secundan en seguida;
Los demás, con el silencio
Disfrazan la rebeldía.

Don Jaime se desespera;
Mas ya cunde la noticia
De sus bélicos intentos
Que al musulmán intimida.

Por temor á la derrota
Los enemigos suplican:
El Rey moro de Valencia
Embajadores le envía.

Rico tributo le ofrece,
Paz y amistad solicita;
Don Jaime dice al de Luna:
—«Esta victoria me humilla.»

25

El de Luna le responde:
—«Acallad vuestra codicia.
Jamás consiguió un guerrero
Victoria tan peregrina.

»Para ganar las batallas
Fuerza es luchar á porfía.
Vos las ganáis sin combate;
No hay otro que más consiga.»

EL TROVADOR.

1228.

DESCANSANDO está el monarca;
El trovador le contempla.
—«¿Queréis que diga una trova?
¿Preferís una leyenda?»

—«Basta de dulces amores,
Que no estoy para ternezas;
Prefiero que cuentes lances
Y desdichas de la guerra.»

El trovador pulsa el harpa,
Hiere las dóciles cuerdas,
Y al compás de tristes notas
La voz altiva resuena:

«Subiendo van los jinetes,
Subiendo por el pinar.
Está en la sierra el cristiano,
En el valle el musulmán,
»Junto á la villa sitiada
Que pronto sucumbirá.
Por en medio cruza el río
Azotando el pedregal.

—

»El espectro de la guerra
Se yergue en la inmensidad.
Negras aves de rapiña
Contemplan con vivo afán
»Cómo cavan sepulturas
Los espíritus del mal.
Subiendo van los jinetes,
Subiendo por el pinar.

—

»Catorce son los soldados,
Catorce con Montalván;
Llevan aviso importante
Al castellano real.

»En silencio, como sombras
Deben el campo cruzar:
Si mueren en la jornada
La villa se perderá.

—

»Sólo catorce escogieron
Para la empresa fatal;
Entre doscientos audaces
No pudo escogerse más.
»Lograron cruzar el río,
Ya cerca del campo están.
Subiendo van los jinetes,
Subiendo por el pinar.

—

»El africano dormita;
Yace á sus plantas en paz
Con la corva cimitarra
El agudo yatagán.
»De pronto escucha, ve, corre,
El grito de alarma da.
¡Son ellos! Son los jinetes
Que suben por el pinar.

»Feroz y muda pelea
Se traba en la obscuridad;
Van cayendo poco á poco,
Es imposible triunfar.
»Muy cara venden su vida
Mas ninguno pasará.
De los catorce leones
Sólo queda Montalván.

—

»Como centella lanzada
Por hórrida tempestad
En ímpetu formidable
Que no es posible atajar,
»Blandiendo enorme cuchillo,
Con espíritu infernal,
Rompe y deshace las filas
El osado Montalván.

—

»Llega el aviso al cristiano;
Vuelve su ejército atrás;
Queda vencido el muslime
Y la villa en libertad.

»Lleno de gloria y de sangre
Da la vuelta Montalván:
Es el único jinete
Que baja por el pinar.»

—

Escucha Don Jaime atento
Y dice:—«La historia es bella:
He de hacer que con la mía
Cantes mejores endechas.

»De mí hablarán los infieles,
Por mí han de perder sus tierras,
Sus jardines, sus ciudades,
Sus altivas fortalezas.

»Yo juro que si conocen
De mi casco la cimera,
Le enseñarán las espaldas
Tan pronto como la vean.»

CONQUISTA DE MALLORCA

1229 Á 1230

CORTES EN BARCELONA.

Dos naves de Cataluña
Apresan los de Mallorca;
Don Jaime pide venganza,
El pueblo entero le apoya.

Pedro Martell, mercadante
Que ha recorrido mil costas,
Pinta con vivos colores
Las islas maravillosas.

Al ver que en todos los pechos
Audacia y bravura sobran,
Dispone el Rey que se junten
Las Cortes en Barcelona.

Muy pronto se ve reunido
Cuanto Aragón atesora:
El valor y la prudencia
Con la virtud y la gloria.

Como entre nobles amigos
Que sólo el bien ambicionan,
Los diversos pareceres
Se suavizan y se amoldan.

Todos hablan mesurados,
Ardiendo en fe religiosa;
Nadie observa con malicia,
Nadie aplaude por lisonja.

Hasta que rotos los diques
El patrio amor se desborda
Y resuelve la asamblea
La conquista de Mallorca.

Juran las diputaciones
Triunfar ó morir con honra;
En los labios y en los pechos
El entusiasmo rebosa.

Quién da jinetes, quién trigo,
Quién un broquel ó una cota;
Éste, mil marcos en plata;
Aquél, otros mil en joyas.

El Rey da sus caballeros
Y sus aguerridas tropas;
Los ricos barceloneses
Dan las naves de la flota.

Se abrazan los diputados,
Á los balcones se asoman,
Espera la muchedumbre
Impaciente y anhelosa.

Grabada tienen los rostros
La angustia de la zozobra:
—«¿Qué deciden?»—«¿Qué han resuelto?»
—«¿Acaso paz bochornosa?»

Y exclama una voz potente:
—«¡Viva Don Jaime! ¡Victoria!»
Y un grito inmenso resuena:
—«¡Viva Don Jaime! ¡Á Mallorca!»

REGOCIJO EN LA CIUDAD.

Corre la voz cual un rayo
Difundiendo la noticia,
Sol que enciende corazones
Y espíritus ilumina.

Los que no saben, preguntan,
Apremian y mortifican;
Los que saben, por decirlo
Se aturden y precipitan.

Es un tropel de palabras
Sin concierto ni medida;
Sólo se entiende: «¡Mallorca!»
«¡El Rey Don Jaime!» «¡Conquista!»

Cuando ya lo saben todos,
¡Qué clamor! ¡Qué vocería!
¡Qué bulliciosa colmena!
¡Cuántas idas y venidas!

Llénanse pronto las calles
De armas, lienzos y barricas,
Muchas cosas que no sirven,
Algunas de las precisas.

Los hombres piden tarea,
Hierros empalman ó afilan;
Incansables las mujeres,
Unas cosen, otras limpian.

Pierde la playa el sosiego;
Con terrible algarabía
Aderezan los marinos
Galeotas y taridas.

Los muchachos, animosos,
Toman con ciega porfía
Vestiduras por adargas,
Débiles cañas por picas.

Buscan lugar de pelea,
En dos partidos se alistan:
Uno defiende á Mallorca,
Otro acude á combatirla.

Después de lucha espantable
Gallardamente fingida,
Los mahometanos sucumben,
Aragón se regocija.

¿Cómo expresar con palabras
La ventura de este día?
Jamás tan grande y hermoso
Lo vió Barcelona invicta.

Estandartes y banderas
Sobre los muros se fijan;
Adórnanse los balcones
Con gallardetes y cintas.

El júbilo es contagioso,
Y cada cual imagina
Un nuevo placer, que ofrece
Al primero que le mira.

Los aturdidos, bromean;
Los graves, se felicitan;
Uno canta y otro llora,
Éste corre y aquél brinca.

Todo afecto se enardece,
Toda amargura se olvida,
Los enemigos se abrazan,
Los cónyuges se acarician.

Hasta el débil pequeñuelo
En el regazo se agita,
Codicioso de mostrarse
Partícipe de la dicha.

Y ya en la ciudad entera
No hay más que gentes amigas
Preguntando con halagos,
Respondiendo con sonrisas.

Sólo algunos previsores
Por dudar se martirizan,
Y mientras que todos gozan
Ellos callan y suspiran.

LA EXPEDICIÓN.

Del puerto de Tarragona,
De Cambrils y de Salou,
Formada en tres divisiones
Sale al mar la expedición.

Van cincuenta y cinco naves
Que Cataluña aprestó,
Cien galeotas, taridas
Y otras de porte menor.

Diez y siete mil guerreros,
No tan sólo de Aragón;
También de Castilla, Italia,
Provenza, Narbona y Po (*).

(*) Pau.

Figufan entre los jefes
Santmartí, Pomar, Carroz,
Montanyá, Verret, Olives,
Alemany, Pallafols.

Cornel, Jimeno de Urrea,
Desvilar, Solsona, Royz,
Claramunt, Hugo de Ampurias,
Villagrana, Cervelló.

Montesquiú, Gil, Rocaberti,
Centellas, Maza, Spanyol,
Santvicens, Montgrí, Jiménez,
El Conde del Rosellón.

Los dos hermanos Moncada,
Termens, el fiero Belloch,
El obispo de Gerona
Y Berenguer de Palou.

Hermoso ejército lleva
El monarca emprendedor,
Y más hermoso parece
Con el auxilio de Dios.

LA TEMPESTAD.

VEINTE millas mar adentro,
Debajo de negras nubes
Se ve la famosa escuadra
Que á la expedición conduce.

Muestra el piloto á Don Jaime
Del rayo la viva lumbre,
Las enfurecidas olas
Que levantándose rugen.

—«Señor, volvamos á tierra:
Quizá pronto nos abrume
Tempestad irresistible;
Ya próxima se descubre.»

Con mal encubierto enojo
El monarca le interrumpe:
—«¿Volvernos atrás? ¡Locura!
Sigue adelante: no dudes.»

—«Señor, la tormenta llega:
Nadie resiste su empuje.»
—«No me importa: yo respondo
De todo el mal que resulte.»

—«¡Señor, estamos perdidos!»
—«Ó se triunfa ó se sucumbe.
¿No ves que el cielo me guía?
¿Cómo quieres que te escuche?»

El huracán se desata,
Pavor en todos infunde,
Las olas barren los puentes,
Hasta las entenas suben.

—«¡Señor! ¿lo veis? Causa espanto.
¡Ay del que no se refugie!»
—«Cada cual hace su oficio:
Deja que las naves luchen.»

—«Señor...»—«Basta, marinero:
Si el mar nuestras naves hunde,
No faltará quien me llore
Ni tampoco quien me culpe.»

La tempestad es terrible:
Acosa, rompe, desune;
Los gruesos cables estallan,
Las duras maderas crujen.

Arrebatadas las naves,
El yugo humano sacuden;
Irán á donde las lleven
Los vientos que las impulsen.

Cierra imponente la noche:
Rey Don Jaime, no te ocultes
Para devorar tu llanto;
Pide á tu Dios que lo enjugue.

***

48

Amanece. Todo es calma,
No se ha perdido ni un buque,
Y en el sereno horizonte
Brillan las costas azules.

BERNARDO DE RUYDEMEYA.

«BERNARDO de Ruydemeya,
Pídele al cielo salud;
Pero no le pidas gloria:
Ya sabes ganarla tú.

»Dicen que fuiste el primero
De la hueste de Jesús
Que en las playas mallorquinas
Clavó la radiante cruz.

»¡Inesperado consuelo
En mi triste senectud!
Estaba ciega, lo supe;
Rompióse el negro capuz.

»Absorta miro la tierra,
El agua, el espacio azul;
Himnos entona mi pecho
De ferviente gratitud.

»¡Dios te bendiga y te libre
De vengadora segur!
¡Cuán feliz es una madre
Con un hijo como tú!»

—

Esto escribe á Ruydemeya
La mujer que le dió á luz.
¡Digno lauro, justo premio
Del valor y la virtud!

ALMOGÁVARES Y ADALIDES.

Van con el Rey á Mallorca
Los guerreros más temibles:
Se llaman los almogávares,
Se llaman los adalides.

Son éstos jefes y guías
Que las empresas dirigen;
Aquéllos son los soldados
Asombro de los muslimes.

Llevan la pierna desnuda,
Grosera zamarra visten
Sobre una fuerte camisa
Que hasta los muslos se ciñe.

Calzan abarcas de cuero,
Y en los combates esgrimen
Dardo agudo y tosca lanza
Con poder irresistible.

No tienen ejecutorias
Ni son de preclara estirpe;
Su abolengo es un cuchillo
Que en sangre mora se tiñe.

Guerreadores indomables,
Nacieron para las lides;
Habitan en las montañas,
Duermen en hondos cubiles.

Cuando no hay pan, comen hierbas;
Sin ansia y sin miedo viven;
Ni el hambre los debilita
Ni la fatiga los rinde.

No cuentan los enemigos,
Sólo gozan al batirse;
Sus triunfos no se comprenden,
Su valor no se concibe.

53

Son bravos como leones,
Tan ágiles como tigres,
De Aragón y Cataluña
El más codiciado timbre.

Maravilla de la historia,
Que sus hazañas sublimes
En páginas inmortales
Con íntimo gozo escribe.

LOS MONCADA.

Por la playa mallorquina
Los jinetes van corriendo
Á salvar á los Moncada,
Que estarán en grave aprieto.

Marcha el Rey á la cabeza
Tan aprisa como el viento,
Y le gritan: «¡Más despacio!
Ya seguiros no podemos.»

Don Jaime tan sólo escucha
Esta voz en sus adentros:
«Nos esperan los Moncada,
Nos esperan combatiendo.»

Sigue el Rey, sigue la tropa,
Los caballos corren sueltos,
No obedecen á la espuela
Ni se rigen con el freno.

Se devora la distancia
Con ardor que infunde miedo:
No es carrera, ya es locura;
No es galope, sino vuelo.

—«Más despacio, más despacio,
Que no hay fuerza ni hay aliento.»
Don Jaime sólo responde:
—«Nos aguardan combatiendo.»

—«¡Á matarnos vais á todos!»
Le contestan sin respeto,
Y detienen por la brida
Su corcel, que pára en seco.

Mira el Rey sin alterarse,
Refrenando el ardimiento,
Á los nobles, sus amigos,
Que las riendas le cogieron.

Les dice:—«No hay para tanto,
Que no soy leopardo fiero:
No marcharé tan aprisa,
Ya que tenéis tal empeño.

»Mas no seguiré á mi gusto
Ni tranquilo, y quiera el cielo
Que tamañas dilaciones
No sean en daño nuestro.»

***

Cuando al sitio del combate
Se acercaron los guerreros,
Todo fué pena, sonrojo,
Angustia, remordimiento.

Llegaba el auxilio en vano:
Los Moncada estaban muertos;
Junto al de Ramón, yacía
El cadáver de Guillermo.

Lloró el Rey, lloraron todos,
Y en el acto del entierro
Así se expresó el monarca
Con grave, solemne acento:

—«Á Dios pongo por testigo,
Que si con humano precio
Se redimiera la muerte
De estos nobles caballeros,

»Tanto gustoso daría,
Que os pareciera de cierto
Vana lisonja el decirlo,
Insensatez el hacerlo.»

*
* *

Después levantóse el campo,
Fijándole á poco trecho
De la ciudad de Mallorca,
Para empezar el asedio.

Y la ciudad sonreía,
Mostrando al enojo ciego
Y á las locas ambiciones
De miles de aventureros,

Su pabellón de follaje
Y su cintura de huertos
Bajo espléndida corona
De minaretes soberbios.

GUILLERMO DE MENDIONA.

Iba al campo de batalla
Don Jaime el Conquistador,
Siguiéndole á duras penas
La gente de su escuadrón.

Á la mitad del camino
Un caballero encontró
Que del campo se volvía,
Partido el labio inferior:

Guillermo de Mendiona,
Aventurero español
Famoso por sus hazañas
En el reino de Aragón.

—«¿Por qué os partís del combate?»
Don Jaime le preguntó.
El caballero repuso:
—«Por esta herida, señor.»

Deteniéndole el caballo
Le dijo el Rey:—«Hombre sois
Que por semejante golpe
No debe sentir pavor.»

Sonrojado Mendiona
Riendas al potro volvió,
Hacia el lugar de la lucha
Dirigiéndose veloz.

Y quiso vengarse tanto
De la justa reprensión,
Tan bien y de tal manera,
Que nunca más pareció.

SITIO DE MALLORCA.

Ya está la ciudad sitiada;
Ya juegan, causando asombro,
Un turquesco, dos trabucos,
Un fundíbulo espantoso.

Tres manteletes fabrica
El sitiador en su apoyo,
Que por debajo del agua
Le abren camino muy pronto.

El Rey dirige las obras,
Lo mira y prepara todo:
Arengan á los guerreros
Dos ilustres religiosos.

Los sitiados se defienden
Con incomparable arrojo:
Apenas uno sucumbe,
Su lugar disputan otros.

Tienen catorce algarradas,
De piedras inmenso acopio,
Zapadores aguerridos,
Ballesteros de buen ojo.

Así para los que sitian
No hay seguro ni reposo:
El trabajo es incesante,
Grande el mal, el tiempo corto.

El Rey lo ve y no se apura,
Pues por valiente ó por loco
No ha de cejar en la empresa
Ni aunque le dejaran solo.

Viene el muslime Ifantilla
Con escuadrón numeroso;
Corta el agua á los cristianos,
Mas sucumbe con oprobio.

Y su sangrienta cabeza
Lanzada sobre los moros,
Es de segura derrota
Elocuente testimonio.

Los ingenios se aproximan
Haciendo mayor destrozo:
Perecen los defensores
Debajo de los escombros.

Después de gran resistencia
Y de combates heróicos,
Los lienzos de la muralla
Vacilan faltos de apoyo.

Se desmoronan las torres
Con estrépito horroroso,
Y no queda á los sitiados
Ni esperanza de socorro.

Busca el Emir de Mallorca
Su salvación de algún modo,
Pidiendo que el Rey admita
Varios pactos provechosos.

66

El Rey á nada se aviene,
Y responde con enojo:
—«Matásteis á los Moncada;
Yo no olvido ni perdono.»

DISCURSO DEL EMIR.

LLAMA el Emir á los jefes,
Al pueblo entero convoca,
Y las siguientes palabras
Dice con voz anhelosa:

—«Todo es inútil, amigos:
Don Jaime quiere á Mallorca;
No admite lo que le ofrezco,
No concede ni perdona.

»En nuestras verdes campiñas,
Al murmullo de unas olas
Que jamás acariciaron
Las naves de extraña flota,

»Vivimos alegremente
Sin angustias ni zozobras,
Y de tan dulce existencia
Se resbalaban las horas.

»Todo acabó: gente infame
Que nos envidia y nos odia
Viene á romper el encanto
De esta ciudad venturosa.

»Ya no sois libres, amigos;
Ya por las calles asoma
La esclavitud, con los hombres
Que vuestras cadenas forjan.

»Ya están la lumbre en el seno,
En el vaso la ponzoña,
La negra muerte en la casa,
El asesino en la alcoba.

»Pronto caerá de las torres
El pabellón de Mahoma;
Entrará como un torrente
La soldadesca furiosa.

»Gemirán niños y ancianos
Dentro de obscura mazmorra;
Venderánse los mancebos,
Corceles, armas y joyas.

»No habrá piedad ni decoro:
En orgías vergonzosas
Morirán vuestras mujeres
Publicando su deshonra.

»El baldón de los vencidos
Nos quedará por memoria;
El oprobio perdurable
Á los que están en la fosa.

»Llorad, llorad sin consuelo
Por el bien que os abandona:
De la torpe cobardía
Huye siempre la victoria.»

—«¡Antes morir!» dicen todos,
Y todos, con furia loca
Y entusiasmo delirante,
Sobre el sitiador se arrojan.

ASALTO DE LA CIUDAD.

TREMENDA fué la embestida
Del pueblo agareno: el campo
De Don Jaime, con pavura,
Vió la señal del estrago.

Aquéllos que por jactancia
Contra el Emir se indignaron,
Del concierto que propuso
Volviéronse partidarios.

Mas el Rey, con faz severa,
Con desprecio soberano,
Dijo: «Yo nunca propongo
Lo que antes he rechazado.»

La entereza de Don Jaime
Dió fin á los comentarios;
Engendró la ira en las almas,
Puso el acero en las manos.

Un héroe de Barcelona
Fué caudillo en el asalto;
Siguió Martínez de Eslava;
Tras él los demás entraron.

El ángel de la victoria
Ciñó al sitiador el lauro:
Los guerreros de Don Jaime
Veinte mil moros mataron.

Valiéndose del desorden,
Treinta mil, entre soldados,
Viejos, mujeres y niños,
Pudieron ponerse en salvo.

No se ocultó ni un tesoro,
No hubo tiempo de guardarlos;
Enriquecióse la tropa
Con el botín encontrado.

El Emir y un hijo suyo
Fueron presos: en el acto
Don Jaime los dejó libres
Y los trató con halago.

Tan modesto en la victoria
Como altivo peleando,
El Rey supo ser un padre
Para sus nuevos vasallos.

Así tomó en pocos meses
Un Rey de muy pocos años
El gran nido de piratas
Que fué de la mar espanto.

Desde entonces los muslimes
Al Conquistador llamaron
Sultán del fuego, que todo
Lo abrasaba con sus rayos.

Y se dijo en Cataluña:
—«Los moros ya no harán daño,
Pues Don Jaime los avienta
Con la cola del caballo.»

NUEVAS VICTORIAS

1232 Á 1234

FÁCILES CONQUISTAS.

No bien salió de Mallorca
Don Jaime, no bien se supo
Que ausente de aquella tierra
Celebraba su trïunfo,

El bravo pueblo muslime,
Que buscó en el seno abrupto
De la sierra peñascosa
Lugar tranquilo y seguro,

Alzóse contra el cristiano,
Mostrándose tan sañudo
Como se mostró prudente
Al entrar en su refugio.

No le abatió la miseria
Ni el acero le redujo:
Quiso hallar en las montañas
La libertad ó el sepulcro.

Así respondió al caudillo
Que una tregua le propuso:
—«Venga á rendirme Don Jaime,
Ó no me rindo á ninguno.»

Volvió el Rey; pudo su rostro
Lo que la fuerza no pudo:
La rebelión imponente
Se disipó como el humo.

***

Aún á Menorca tenía
El infiel bajo su yugo;
Corrió Don Jaime á ganarla
En un momento oportuno.

Para conquistar la tierra,
Vencer tropas y hendir muros,
Por todo ejército quiso
Treinta lanzas y un escudo.

Mas le bastó con su nombre,
Que á dicha el muslime tuvo
Ser obediente vasallo
De un Rey valeroso y justo.

Luego Ibiza y Formentera
Se rindieron á los suyos,
Y la fama de Don Jaime
Extendióse por el mundo.

GENEROSIDAD DEL REY.

1232 Á 1234.

HUYEN del audaz monarca
Los veleidosos barones:
Unos muy tarde le ayudan,
Otros jamás le socorren.

Por su camino prosigue
Aunque muchos le abandonen:
Su divisa es *¡adelante!*
Ya los moros la conocen.

Á pesar de los ingratos,
Con sus buenos servidores
Rinde infieles, gana tierras,
Villas toma, cercos pone.

Incansable, decidido,
Resistente como el roble,
No hay azar que le detenga
Ni fatiga que le importe.

Sustentando la campaña
Le afligen deudas enormes;
Á sus cautivos malvende
Por salir de obligaciones.

Los despojos de la guerra
Son caudal para los nobles;
Gana mil y toma ciento,
Siembra mucho y no recoge.

Cura heridas con sus manos,
Ofrece pan á los pobres,
En persona busca auxilios,
Ingenios y provisiones.

Acude ansioso doquiera
Que hay desdichas ó temores:
Á los audaces impele,
Á los tímidos desoye.

Siempre avanza, persiguiendo
Los lejanos horizontes;
Domina la enhiesta cumbre,
Pasa el valle, cruza el bosque.

Por las orillas del Júcar
Derrama sus escuadrones,
Y á la ciudad de Valencia
Se acerca tanto una noche,

Que los guerreros muslimes
Al combate se disponen
Y las fogatas de alarma
Encienden sobre las torres.

LA SEGUNDA ESPOSA.

1234.

«Don Jaime, del Rey de Hungría
Soy el digno mensajero:
Quiere hablarte por mis labios,
En su augusto nombre vengo.

»Admirando tu grandeza
Y la fama de tus hechos,
Contigo unirse ambiciona
Para esplendor de su reino.

»Según él lo solicita,
Según ha sido dispuesto
Por el Padre de los fieles,
El buen Gregorio Noveno,

»Á la princesa Violante
Hoy por esposa te ofrezco:
Es digna de tu cariño
Y de tus merecimientos.»

—«Mucho elogian su hermosura.»
—«Rey Don Jaime, yo no puedo
Describirla; no hay palabras
Que la expresen con acierto.

»Busca una estatua asombrosa,
Prodigio del arte griego,
Maravilla de los ojos,
Desesperación del genio:

»Roba la vida á los dioses,
Cual la robó Prometeo,
Para dar calor y sangre
Á tan mágico portento:

»Encierra en ambas pupilas
Los resplandores del cielo,
Y un jirón del horizonte
Más azul y más sereno:

»Derrama copos de nieve
Sobre la tez; un pequeño
Cáliz de rosa, en los labios;
Su perfume, en el aliento:

»Haz que un clavel purpurino
Dé á las mejillas un beso;
Que en el negror de la noche
Se empape el fino cabello;

»Que haya perlas en la boca,
Y que luzca el talle suelto
La ostentosa gallardía
De la palma del desierto:

»Añádele los encantos
Peregrinos y hechiceros
Que una madre apasionada
Encuentra en sus pequeñuelos,

»Y aun no tendrás, Rey Don Jaime,
El acabado y perfecto
Trasunto de la hermosura
Que te ha elegido por dueño.»

—«Harto dices, harto encomias;
Pero negarme no debo.
Si rehusara, ¿qué diría
El buen Gregorio Noveno?»

CONQUISTA DE VALENCIA

1234 Á 1238

EL REY NO HUYE.

En la vega de Valencia
Manda el Rey que se construya
El Puig de Santa María,
Dominando la llanura.

Rendirlo quieren los moros:
Sencilla la empresa juzgan;
Atácale de repente
Muchedumbre furibunda.

Se resisten los cristianos:
Después de sangrienta lucha
Retrocede avergonzada
La orgullosa media luna.

En auxilio de sus gentes
Acude el Rey con premura:
Ya saben que llega á tiempo.
Cuando han menester ayuda.

Al retirarse Don Jaime
Por selvática espesura,
Ve venir tropa enemiga
Muy superior á la suya.

Ferrando Pérez le dice:
—«No valen fuerza ni astucia:
¡Huyamos, señor, huyamos!»
El Rey exclama:—«¡Locura!

»Jamás me he visto en el trance
De recurrir á la fuga;
Yo no sé cómo se huye
Ni quiero saberlo nunca.»

Sigue adelante el monarca;
Los moros sienten pavura,
Le ven atajar el paso
Y nadie se lo disputa.

LA GOLONDRINA.

LEVANTA la tropa el campo;
Algunos guerreros ven
Un nido de golondrina
Sobre la tienda del Rey.

—«¡Quietos!» prorrumpe Don Jaime:
«No mi tienda levantéis
Hasta que deje su nido
La que la quiso escoger.

»Avecilla pasajera,
Pues en mí tuviste fe,
Yo protejo tus amores,
Yo te sirvo de sostén.»

94

Así un alma se retrata
En cualquiera pequeñez:
Los hermosos sentimientos
Prueban el oro de ley.

LOS REYES EN EL PUIG.

«SABED, mi Reina y señora,
Pues que pretendéis saberlo,
Por qué estamos aquí juntos,
Por qué dispuse traeros.

»El Puig de Santa María
No es alcázar ni aposento
Que debe servir de marco
Á hechizos como los vuestros;

»Mas prometí que sirviera
Y cumplo lo que prometo.
Vais á saber, dulce esposa,
Cómo llegué á prometerlo.

»Gobernaba este castillo,
Desde que lo construyeron,
Bernardo Guillén de Entenza,
Catalán de mucho esfuerzo.

»Murió, por desgracia mía;
Sus valerosos guerreros,
Al quedarse sin caudillo,
El entusiasmo perdieron.

»Los nobles de Zaragoza,
Hasta la gente del pueblo,
«¡Dejad el Puig!» exclamaron:
«El Puig os será funesto.»

Yo repliqué: «Nadie sabe
»Lo que valgo y lo que puedo.
»Con el Puig tendré á Valencia;
»Una torre dará un reino.»

»Al Puig vine sin demora,
Mandé sepultar al muerto,
Y al hijo que le heredaba
Yo mismo armé caballero.

»Dispuse lo necesario
Á la defensa; y queriendo
Reunir para la conquista
Gentes, armas y pertrechos,

»Mi retorno á Zaragoza
Ordené, mas quiso el cielo
Evitarme una vergüenza
Previniéndome de un riesgo.

»Supe que estaban mis tropas
Rendidas al desaliento;
Que apenas yo me ausentase
Iban á salir huyendo.

»Entonces llamé á los jefes,
Nos reunimos en el templo,
Y con la mano en el ara
Hice este voto sincero:

«Ya que mi ausencia os disgusta,
»Ya que teméis porque os dejo,
»Á Dios y á su Santa Madre
»Voy á hacer un juramento.

»No pasaré de Tortosa
»Ni de Teruel, si no tengo
»Á Valencia dominada
»Con la punta de mi acero.

»Para que ninguno dude
»Que con vosotros me quedo,
»Para que ninguno crea
»Que olvidaré lo que ofrezco,

»Hija y esposa me aguardan
»En Zaragoza; yo quiero
»Que vivan aquí conmigo:
»Id por ellas al momento.»

»Fué singular el asombro
Que mis frases produjeron.
Todos los que me escuchaban
Lloraron, y yo con ellos.»

RENDICIÓN DE VALENCIA.

SULTANA del ancho valle,
Del Turia famosa reina,
Encanto del agareno,
Maravilla de la tierra;

La que en solio de jazmines
Con mil hechizos ostenta
La abundancia por ropaje,
La hermosura por diadema;

La que en el seno turgente
Y en la endrina cabellera
Luce flores de granado,
Capullos de madreselva,

Despídete cariñosa
Del señor á quien entregas
Los admirables tesoros
Que te da naturaleza.

Ya no le verás, tendido
En los cojines de seda
Cabe la plácida fuente
Que murmura y embelesa.

Ya no le verás, mirando
Desde la torre soberbia
El aljófar de las aguas,
La verdura de las huertas.

Ya no le verás, risueño
Gozar de apacible siesta
Bajo la choza sombría
En el bosque de palmeras.

¿Por qué tan súbito cambio?
¿Por qué tu señor te deja?
—Porque Don Jaime Primero
Asoma ya por la vega.

***

¡Qué sublimes condiciones
Las del Rey! ¡Cuánta grandeza!
¡Qué tesón en los proyectos!
¡Qué constancia en las empresas!

Á la par que en su camino
Los obstáculos aumentan,
En su espíritu animoso
Va creciendo la firmeza.

Poco importa que los nobles
Le pidan que retroceda,
Ni que sus deudos y amigos
De ayudarle se arrepientan.

En vano Zeyán le ofrece
Cuantos castillos y fuerzas
Hay de Teruel á Tortosa,
Del Ebro en ambas riberas.

En vano quiere que admita
Diez mil besantes de renta
Y un alcázar levantado
Por el dios de la riqueza.

Don Jaime á todo responde:
—«Inútil es que me ofrezcas.
Tú no me das lo que pido:
Lo que yo quiero es Valencia.»

***

Emprende el Rey la campaña,
Aunque poca gente lleva;
Las villas, las guarniciones
Sin combatir se le entregan.

Ve su pendón el cristiano
Enarbolarse en Betera,
Nules, Almenara, Bulla,
Alfandech, Uxó, Paterna.

Con mil trescientos guerreros
Á la gran ciudad se acerca:
Logra tomar á Ruzafa;
Allí establece sus tiendas.

El Rey Zeyán lo ve todo:
Desde las fuertes almenas
La audacia de su enemigo
Maravillado contempla.

«Hermosa ocasión, muslime,
Si al instante la aprovechas:
Diez mil quinientos soldados
Te incitan á la pelea.»

Por fin Zeyán se resuelve,
Sus bravas tropas ordena,
Alza el espeso rastrillo,
Abre la maciza puerta.

Los escuadrones avanzan,
Los estandartes flamean,
Atambores y añafiles
En el espacio resuenan.

Busca el moro á su contrario,
Que sin moverse le espera;
Y al ver su actitud, el miedo
Puede más que la vergüenza.

Inmóvil sigue Don Jaime;
Zeyán sus tropas encierra;
Va el atambor silencioso,
Va enrollada la bandera.

***

El renombre del caudillo
Á los cristianos alienta:
Los combatientes acuden,
El ejército refuerzan.

Aventureros de Francia,
De Alemania, de Inglaterra;
Voluntarios italianos,
Milicias aragonesas;

Siete obispos, y otras altas
Dignidades de la Iglesia,
Los tercios de Zaragoza,
Daroca, Teruel y Huesca;

Muchos hombres de Castilla,
Un cuerpo de tropa inglesa
Que el Rey Enrique Tercero
Quiso mandar á esta guerra;

Las milicias catalanas,
Los templarios de Provenza,
Los nobles comendadores
De Alcañiz y de Oropesa,

Y muchos más todavía,
Pues el Rey á juntar llega
Setenta y dos mil guerreros
Que le rinden obediencia.

No es dudosa la victoria:
El cerco Don Jaime aprieta;
Los foneboles trabajan;
El musulmán desespera.

Mil audaces leridanos
Quieren entrar por la brecha;
No han de vencer á los tigres
Que acuden á defenderla.

Se desprenden las escalas
Y hasta el ancho foso ruedan
Los vencidos sitiadores
Aplastados por las piedras.

La gran escuadra de Túnez
En la costa se presenta.
«Respira, Zeyán, respira,
No es posible que te venzan.»

—«¿Qué pasa? ¿Por qué los moros
Van huyendo á todas velas?»
—«Porque los de Cataluña
Llegaron con sus galeras.»

—«¿No habrá ya quien te socorra?»
—«Socórrate la imprudencia
Del Rey cristiano que viene
Á provocar la refriega.

»Desde el muro hasta su pecho
No hay un tiro de ballesta.
Zeyán, soldados te sobran
De buen ojo y mano diestra.

»—Ballestero, allí le tienes:
Dispárale una saeta;
Escoge la más aguda;
Apúntale á la cabeza.»

Da el tirador en el blanco
Rompiendo el casco de suela:
El Rey Don Jaime sonríe;
Se arranca el arma y la quiebra.

La sangre le inunda el rostro;
Lo cubre con una venda;
Ya está otra vez en la silla,
De nuevo á lidiar se apresta.

Van al asalto las tropas;
Suben muchos, pocos entran.
Los sitiadores no temen,
Los sitiados no se arredran.

¡Con qué rabia se disputa
La torre de Boatella!
Don Jaime la prende fuego:
Buen pasto tendrá la hoguera.

Sucumben allí los moros,
Allí los valientes quedan,
Teniendo por sepultura
La incendiada fortaleza.

Por fin se humilla rendido
Zeyán, con inmensa pena.
De Alibufat en la torre
Ve Don Jaime su señera.

No quiere ver más: se postra
De hinojos, el suelo besa,
Y da gracias á la Virgen
Por ventura tan excelsa.

TRIUNFOS PROVIDENCIALES

1254 Á 1274

LA EMBOSCADA.

1254.

QUIÉN á Don Jaime se atreve?
¿Quién resiste sin quebranto
La fuerza de su constancia,
El empuje de su brazo?

Alcira, Denia, Gandía
Y Játiva, se humillaron
Al poder incontrastable
Del gran Rey de los cristianos.

Cada conquista es anuncio
De ótra que está imaginando;
Enardecen las empresas
El vigor de su entusiasmo.

Manantial inagotable
De proyectos temerarios,
Que á la vez que se conciben
Se contemplan realizados,

Aun le alcanza el tiempo breve
Para lidiar con ingratos,
Rindiendo por bizarría
Lo que no por agasajo,

Pues no le dejan tranquilo
Sus indómitos vasallos,
Rebeldes como ningunos,
Fieras dignas de tal amo.

***

Lleva consigo la gloria
Escuderos voluntarios:
Odio, traición y perfidia,
Que siempre están acechando.

¡Ay del héroe generoso
Despreciador del engaño!
En su camino esplendente
No ha de faltar un malvado.

El moro Azedrach, guerrero
Que ambiciona fama y lauros,
Quiere vencer á Don Jaime
Con astucia de villano.

Aguarda ocasión propicia,
Y apenas deja su campo
El Rey, en obscuro bosque
Le sale Azedrach al paso.

Lleva el Rey débil escolta;
Muy pronto se ve cercado
Por muchedumbre de infieles
Que le ha cogido en el lazo.

Mas el número ¿qué vale?
¿Qué la traición? Para el rayo
No hay murallas poderosas
Ni guerreros esforzados.

Á la primera embestida
Del Rey, como por milagro
Retrocede el enemigo,
Temeroso de aguardarlo.

Sin que Azedrach le detenga
Gana el monarca un atajo
Y vase libre, diciendo
Al infiel avergonzado:

—«Un hombre como Don Jaime
No ha de quedar en tus manos:
Merece fin más glorioso,
Tiene destino más alto.»

EL CONSEJO DE CIENTO.

1265.

No sólo cuida Don Jaime
De batir al agareno;
Su imaginación abarca
Los más altos pensamientos.

En el estrado, legista,
Como en las lides guerrero,
De todas suertes procura
El bienestar de su reino.

Ayer conquistó ciudades
Y territorios y siervos;
Hoy dispone la reforma
Del gran Consejo de Ciento.

Déjale ya convertido
En institución modelo,
Firme escudo de las leyes,
Salvaguardia de los fueros.

En el ilustre Senado
Por el Rey toman asiento
Concelleres y prohombres,
Los mejores de los buenos.

La túnica roja visten,
Mostrando que están dispuestos
Á dar su sangre y su vida
Para defender al pueblo.

Dice un obispo á Don Jaime:
—«Tanto hacéis, que no sabemos
Cómo elogiar tales muestras
De sublime entendimiento.»

Así responde el monarca:
—«Trato de hacer lo que puedo:
No me digáis que ya es mucho,
Porque me parece menos.

»Loco ha de ser el que viva
De sus obras satisfecho:
No por ceñir la diadema
Discurro con más acierto.

»Loco será el que imagine
Que no há menester consejo,
Y que al llegar á la cumbre
Desparecen sus defectos.»

CONQUISTA DE MURCIA.

1266.

Á Murcia llega Don Jaime:
La ciudad quiere rendir,
Mostrando arrebatadora
Impaciencia juvenil.

Para plantar sus reales
Buen sitio manda elegir
Al adalid que le guía:
Mal escoge el adalid.

En el lugar que señala
Pueden al monarca herir
Los tiros de los sitiados:
No pocos llegan allí.

El Rey dice sonriendo:
—«Tu elección es infeliz;
Pero ya que lo deseas,
Me voy á quedar aquí.»

***

Resístese el agareno
Como fiera en su cubil;
Mas cuando ataca Don Jaime
Inútil es resistir.

Los valerosos murcianos
Doblan la altiva cerviz;
Al sabio Rey de Castilla
Don Jaime le dice así:

—«Tronos quedan á mis hijos,
Tronos puedo repartir.
Tuyo es el reino de Murcia,
Lo he ganado para tí.»

EL CASTILLO DE LIZANA.

1265.

I.

Ligados contra Don Jaime
Los nobles aragoneses,
Cual si fuera su enemigo
No se cansan de ofenderle.

Ellos provocan la lucha
Y el vencimiento no temen:
El Rey los va perdonando
Á medida que los vence.

Mas Don Ferriz de Lizana
Tanto á Don Jaime se atreve,
Que osado le desafía
En injuriosos carteles.

Perdiendo el Rey la paciencia
Sale en busca del rebelde:
No hay calma que no se apure
Ni vaso que no se llene.

***

Por obligación estrecha
Y juramento solemne
Que hicieron los ricos-hombres
De ayudarse mutuamente,

Villa y torres de Lizana
Un hijo del Rey defiende:
Fernán Sánchez el bastardo,
El que tendrá mala muerte.

Cuando se acerca Don Jaime
Rigiendo lucida hueste,
Sumiso Fernán se postra
Y le dice reverente:

—«Señor, contra vos no puedo;
Una gracia concededme
Que ponga mi honor á salvo
En la empresa que mantiene.

»Voy á salir del castillo,
Me iré con toda mi gente,
Los guerreros de Lizana
Entrarán á defenderle.

»Dejadme libre salida,
Permitid que me releven:
Así cumpliré conmigo,
Con vos y con mis deberes.»

Gustoso escucha Don Jaime;
Lleno de júbilo accede:
Con estruendosa algazara
Baja el sitiado los puentes.

II.

Á la puerta de su tienda
Está el Rey, los ojos fijos
En la hueste numerosa
Que se dirige al castillo.

Los soldados de Don Jaime,
Inmóviles y sombríos,
Ven llegar á los que fueron
Otras veces sus amigos.

Cuando se acercan y pasan
Los semblantes conocidos,
¡Qué animación en la tropa!
¡Qué rumor tan expresivo!

Palabras, gestos, señales,
Algún sofocado grito,
Movimientos de sorpresa,
Comentarios peregrinos.

—«Aquél es Fortún.»—«El otro
Parece Sánchez.»—«El mismo.»
—«¡Un almogávar!»—«¡Don Pedro!
Ninguno lo hubiera dicho.»

—«El de la cota partida
Entró en Valencia conmigo.»
—«Al del capuz ¿le conoces?»
—«¡Ahí viene Miguel!»—«¡Dios mío!»

—«Mira el grupo de templarios.»
—«¿Quién es el jefe?»—«Un sobrino
De Don Ferriz.»—«Ya recuerdo.»
—«Tiene valor.»—«Buen caudillo.»

—«El cerco será penoso.»
—«Esta es la guerra, Dionisio.
Ayer lidiábamos juntos,
Hoy seremos enemigos.»

Á todos mira el monarca
Y recuerda haberlos visto:
Varios con él compartieron
Las glorias y los peligros.

Ninguno quiere mirarle:
Á su pesar, conmovido,
Les dice:—«¡También vosotros!
¿Por quién pasáis el rastrillo?»

—«Por Don Ferriz de Lizana
El señor á quien servimos.»
—«No saldréis más, insensatos,
¡Mirad bien que yo lo digo!»

Pero todos le responden
Con sublime laconismo:
—«Pasará lo que Dios quiera,»
Y prosiguen su camino.

III.

Á discreción se entregaron
La fortaleza y la villa:
El jefe de los vencidos
Piedad al monarca inspira.

Es soldado valeroso,
Modelo de gallardía,
Le corona la hermosura,
La juventud le ilumina.

Sostiene con arrogancia
Del Rey la mirada altiva,
Cual si la muerte que espera
Remediase su desdicha.

Don Jaime le dice:—«Puedo
Perdonar la rebeldía
Si no se mancha tu labio
Con vergonzosa mentira.

»¿En dónde está el de Lizana?
—«Yo lo sé.»—«Como lo digas,
Te perdono.»—«Jamás vendo
Secretos que me confían.»

—«Pues si no quieres decirlo,
Por tesón ó por malicia,
Voy á mandar que te cuelguen
De la torre del vigía.»

El jefe cruza los brazos,
Al Rey con firmeza mira
Y de este modo responde:
—«Señor, hacedlo en seguida.

»Ante amenazas de muerte
Sólo el cobarde vacila:
Cebad en mi honrado pecho
La sanguinosa cuchilla.

»Despedazadme en la rueda,
Decid que en ardiente pira
Los miembros me pulvericen:
Vuestra, señor, es mi vida.

»Pero no más que la carne
Se rinde á quien la domina:
El cuerpo, lo habéis ganado;
El alma, no, que aún es mía.

»Y ella, señor, vive siempre
Tan ansiosa de justicia,
Que, aunque quisiera, no sabe
Cometer una perfidia.

»Colgadme, pues, de la torre
Si la hazaña os regocija:
Cuanto más alto me cuelguen
Veréis mi honor más arriba.»

—«¡Huye!» le dice el monarca.
«Libre tienes la salida.
Nunca Don Jaime Primero
Castigará la hidalguía.»

EL CONCILIO DE LION.

1274.

GREGORIO Décimo intenta
Disponer una cruzada:
Estando el Rey en Alcira
El Pontífice le llama.

Va el de Aragón al Concilio:
Desde que pisa la Francia,
Con regia, solemne pompa
En los pueblos le agasajan.

Por admirar su figura
Salen á calles y plazas
Aprisa los caballeros,
Aun más aprisa las damas.

Obispos y cardenales,
Mensajeros y embajadas
De príncipes y de reyes,
Con impaciencia le aguardan.

En el salón del Concilio
Un estrado se prepara;
Pérsica alfombra lo cubre,
Rico tapiz lo engalana.

Dos sillas se ponen juntas:
La de Gregorio es muy alta,
Pero la del Rey Don Jaime
Sólo es un palmo más baja.

Congrégase la asamblea;
El Pontífice declara
Su voluntad, ofreciendo
Pasar á la Tierra Santa.

Elogia con entusiasmo
La empresa porque se afana,
Y propone que dirija
El de Aragón la campaña.

Cuando Gregorio concluye
Su discurso, se levanta
Don Jaime: todos esperan
Con ansiedad sus palabras.

Dice el Rey:—«En el Concilio
No hay más testa coronada
Que la mía: yo el primero
Diré lo que se me alcanza.

»Os ofrezco, Santo Padre,
Ayuda en la empresa magna,
Que no fuera buen cristiano
Si este deber olvidara.

»Podéis contar con el diezmo
De mi tierra y con mi espada
Mientras dure la conquista,
Y después si aun hace falta.

»Iré con mil aguerridos
Caballeros de mi casa,
Que sabrán apoderarse
De la tierra codiciada.

»Mas antes de que á Turquía
Todo el ejército vaya,
Conviene ganar castillos
Que fácil paso nos abran.

»Dos mil y quinientos hombres
Deben ir á la vanguardia
Para que tomen lugares
Y los cerquen de murallas.

»Hagamos nosotros algo,
Y aliéntenos la esperanza
De que Dios Omnipotente
Bendecirá nuestras armas.»

Concluye el Rey. ¡Cuán profundo
Silencio! Mas ¿por qué callan?
Suele ser torpe la lengua
Cuando hay pavura en el alma.

Á los de mayor prestigio
Pide con vivas instancias
Gregorio sus pareceres,
Y al fin obligados hablan.

Uno juzga la conquista
Peligrosa y temeraria;
Otro añade que conviene
Meditar con mucha calma.

Quién dice que es imposible,
Quién propone dilatarla,
Muchos temen ó recelan
Y ninguno se entusiasma.

Arguye cierto prelado:
—«El sultán tiene una escuadra
De diecisiete galeras
Que los mares avasallan.»

—«Entonces,» dice Gregorio,
«Veinte serán necesarias.»
El Rey contesta:—«Son muchas:
Sobra con diez catalanas.»

Un caballero replica:
—«Es empresa aventurada.
La intención puede engañarnos,
Los propósitos no bastan.»

Álzase al punto Don Jaime
Despidiéndose del Papa,
Y así dice á los barones
Que se encuentran en la estancia:

—«Yo me voy: seguidme, amigos,
Porque aquí no se hace nada.
Ya hemos dejado bien puesto
El honor de toda España.»

Monta á caballo, y gobierna
Con tal precisión y gracia,
Que atónitos los franceses
Al verle pasar exclaman:

—«No es tan viejo como dicen
Este arrogante monarca.
De seguro todavía
Puede dar buenas lanzadas.»

LOS AMORES DE DON JAIME

BERENGUELA FERNÁNDEZ.

«DULCE hermana Berenguela,
Mis humildes ruegos oye.»
—«¿Cómo quieres que los oiga,
Cuando el Rey me corresponde?»

—«Serás infeliz, si aguardas
Que contigo se despose.»
—«No ambiciono su diadema,
Sólo quiero que me adore.

»No hay un amor como el suyo,
No hay un amante en el orbe
Más gentil ni más gallardo,
Más hermoso ni más noble.

»Nunca se vió en la batalla
Guerrero que tanto asombre,
Ni en la arena del palenque
Ùn doncel de mejor porte.

»Nació para ser amado
Y tener admiradores:
Así conquista ciudades
Como gana corazones.

»Altivo con los soberbios,
Apacible con los pobres,
No es sólo el mejor monarca,
Es el mejor de los hombres.

»Haces mal en ofenderme
Con inútiles reproches.
Hermana, si no le adoras,
Es porque no le conoces.»

EL PRESAGIO.

En el bosque está Don Jaime
Con su dama paseando:
Camino de la ventura
Van los dos enamorados.

Contempla el Rey á la hermosa
Que, apoyándose en su brazo,
Le dirige una mirada
Llena de dulces halagos.

La tempestad los sorprende,
El agua inunda los campos,
Al pie de frondosa encina
Procuran hallar amparo.

*

La dama guarda un secreto
Y no quisiera guardarlo;
Pero el rubor lo detiene
Al asomarse á los labios.

Por fin, á Don Jaime dice,
En voz baja y vacilando:
—«Señor, el cielo te envía
El hijo que ansiabas tanto.»

No bien pronuncia la bella
Tales palabras, del árbol
Se desprenden muchas hojas
Abatidas por un rayo.

Quédase el Rey pensativo:
Vertiendo copioso llanto,
Huye del bosque la madre
Temerosa del presagio.

Á un adivino recurre,
Y consultados los astros,
Explican de esta manera
El porvenir del bastardo:

«Fernán ha de ser su nombre;
Vivirá muy pocos años,
Adquiriendo justa fama
De valiente y de gallardo.

»Le dará su noble padre
El señorío de Castro,
Y será muerto en el Cinca
Por voluntad de su hermano.»

Cúmplese el terrible augurio:
Fernán muere asesinado;
Su madre busca consuelo
En el retiro del claustro.

GUILLERMA DE CABRERA.

«Me preguntas, Nuño amigo,
Por qué mi pecho palpita?
¿No comprendes que á mis años
Tan pronto el amor me rinda?

»Son de fuego las pasiones.
Cada vez que nos dominan
Hacen hoguera del juicio
Y con la razón se avivan.

»Aplaudes en la batalla
Mi singular energía;
En las luchas amorosas
Ya no quieres aplaudirla.

»Cuando es propio el ardimiento,
Corre por todas las fibras,
En cualquier hora demuestra
Que está vivo todavía.

»No es posible sujetarle
Á conceptos y medidas,
Ni tener en cada caso
Naturaleza distinta.

»Pero aguarda, Conde, aguarda;
Por mucho que yo te diga
No diré lo que tú mismo
Vas á decir en seguida.

»Viene: prepárate á verla.
¿De dónde vendrá la niña?
Para mí, vino del cielo,
Como el sol y la alegría.

»¿Notas que todo se inunda
De luz y todo se anima?
Es porque viene mi amada,
Mensajera de la dicha.

»Fíjate en sus atractivos;
Dime ya si alguien podría
Negarse á perder por ellos
El corazón y la vida.»

Esto dice á Nuño Sánchez
El Rey, cuando se aproxima
De Guillerma de Cabrera
La hermosura peregrina.

TERESA GIL DE VIDAURE.

Á las orillas del Turia,
En un jardín que llenó
De tesoros la opulencia
Y de perfecciones Dios,

Tiene su nido la dama
Del bravo Conquistador,
La belleza su palacio,
La ventura su mansión.

Enmohecido está el acero
Que á los moros aterró;
En los brazos de Teresa
Busca Don Jaime el amor.

***

Hallábanse una mañana
Solos y juntos los dos,
Cuando importuna visita
Su coloquio interrumpió.

Era el que luego fué santo,
Raimundo de Peñafort,
Noble amigo del monarca
Y padre de confesión.

—«Rey Don Jaime, Rey Don Jaime,»
Con amargura exclamó:
«¿No hay moros en la frontera
Ó no hay en tu alma valor?

»Antes la fe te movía,
Encaminándote en pos
De la Cruz que en el Calvario
Por siempre nos redimió.

»Fuiste consuelo y orgullo
De la excelsa Religión,
Cuchillo de la justicia,
Esperanza del Señor.

»Esa mujer te ha hechizado,
Pues sólo te mueven hoy
Los vergonzosos placeres
Que dañan el corazón.

»Miserable pecadora,
Sirena de dulce voz,
Con sus lúbricas caricias
Tu espíritu envenenó.

»¿No escuchas? ¿Duerme tu espada?
¿Qué se hizo el cristiano ardor,
Nuncio de heróicas empresas,
Fuente de noble ambición?

»Rey Don Jaime, Rey Don Jaime,
Mira que no te hablo yo:
Te está hablando la sublime
Palabra del Redentor.»

El Rey, conteniendo apenas
Su agresiva indignación,
Á las censuras del monje
Prontamente respondió:

—«Sabéis que humilde os escucho,
Porque os amo con fervor.
Disgustaros no querría
Ni aun sobrándome razón.

»Padre, mi acero no duerme;
Si alguna tregua le doy,
Nadie ignora que conmigo
Demasiado trabajó.

»Mas ya que os disgusta ocioso,
Dadle empresa y ocasión
Para que deje el descanso
Y combata por mi honor.

»Hablad, pues que el cielo os guía:
Dispuesto á lidiar estoy.
En cuanto á Teresa, padre,
Tened conmiseración.

»Al veros, queda aterrada,
Sintiendo el mismo pavor
Que la débil cervatilla
Cuando ve al tigre feroz.

»Llora, y su llanto me apena.
Por mí, rara vez lloró;
Luego no es justo que llore
Por una causa menor.

»Jamás olvido que os amo,
Pero no olvidéis quién soy.
Nadie turba impunemente
Los amores del león.

»Y basta; que ya la iglesia
Con la campana os llamó.
Rogad por mí, padre mío,
Como yo ruego por vos.»

LOS HIJOS DEL REY.

De Doña Leonor, su esposa
Primera, tuvo Don Jaime
Un hijo llamado Alfonso,
Que murió sin heredarle.

Dióle nueve la segunda
Cónyuge Doña Violante,
Y de algunas de sus damas
Tuvo cuatro naturales.

Pedro y Jaime, compartieron
La corona de su padre;
Fernando falleció joven,
Y Sancho murió en combate.

Violante, de Alfonso el Sabio
Fué la mujer envidiable;
Constanza, se unió en Castilla
Con Don Manuel el Infante.

Sancha, humilde religiosa,
Marchó á los Santos Lugares,
Y desde allí subió al cielo
Dejando renombre grande.

Murió la bella María;
Isabel, logró enlazarse
Con Felipe el Atrevido,
Que fué luego memorable.

Le dió dos hijos varones
Teresa Gil de Vidaure,
Por el Rey legitimados
Según dicen los anales:

Jaime, de Egérica dueño,
Famoso por lo arrogante;
Y Pedro, señor de Ayerve,
Batallador incansable.

Otra dama muy hermosa,
Que se apellidaba Sánchez,
Le dió á Fernán, que en el Cinca
Murió á manos de un infame.

Y también otro hijo tuvo
De Berenguela Fernández:
El barón de Ixar, azote
De ejércitos musulmanes.

Todos del Rey alcanzaron
Mercedes considerables,
Pues más que altivo monarca
Fué con ellos padre amante.

LOS POSTREROS AÑOS

1274 Á 1276

LA ÚLTIMA VICTORIA.

I.

«CAMPANERO, campanero,
Sube á tocar la campana,
Que fué Don Sancho á la guerra
Y volverá sin tardanza.

»Los muslimes andaluces,
Después de vencer á Lara,
Incendian nuestras campiñas,
Nuestras aldeas arrasan.

»El valeroso arzobispo
Que los toledanos aman
Sabrá vengar la derrota
Como cumple á su prosapia.

»Ya por la orilla del Tajo
Se descubre gente armada.
¡Campanero, campanero,
Ven á tocar la campana!»

«No son aquellos jinetes
Los que en la ciudad se aguardan;
Mas no temáis por los otros,.
Hábil caudillo los manda.

»Llevó Don Sancho al combate
Poca gente, pero brava:
La flor de sus servidores,
La milicia catalana.

»Son muchos los enemigos:
Mayor será la ganancia;
Jamás el infiel resiste
Los golpes del almogávar.

»¿No ves qué nube de polvo
Asoma por la hondonada?
¡Campanero, campanero,
Ven á tocar la campana!»

«Es un rebaño el que viene.
Impaciencia, ¡cómo engañas!
Corazón, ¡cómo te afliges
Cuando la ventura tarda!

»Mas no dudéis: la victoria
Pondrá fin á nuestras ansias;
El hijo del Rey Don Jaime
Queda airoso en la demanda.

»¡Helos aquí! La señera
De Don Sancho brilla ufana;
Rigiendo los escuadrones
Al aire va desplegada.

»¡Ya feneció el enemigo
Á pesar de su arrogancia!
¡Campanero, campanero,
Sube á tocar la campana!»

— —

«¡Luto, y horror, y vergüenza!
¡Se ha perdido la batalla!
Es Don Sancho, pero muerto:
¡Qué desventura! ¡qué infamia!

»Ved su espantoso cadáver
Con la cabeza cortada:
También cortaron la mano
En que el anillo ostentaba.

»¡Qué miserables despojos!
¡Oh dolor! ¡Oh suerte ingrata!
¡Llorad, los que no supísteis
Defender vida tan cara!

»Llorad ¡ay! sobre la tumba
De nuestra muerta esperanza.
Campanero, campanero,
No toques ya la campana.»

II.

En Lérida está Don Jaime:
Allí la noticia infausta
Recibe; llegó muy pronto;
Jamás tardaron las malas.

Con otra nueva sorprenden
Al afligido monarca,
Para probarle que nunca
Viene sola una desgracia.

Los muslimes valencianos
Guerra feroz le declaran,
Cébase en sangre inocente
La morisca cimitarra.

Azedrach es el caudillo
Que contra el Rey se levanta;
Los guerreros que le oponen
Sucumben en Concentaina.

Extiéndese el descalabro
Como se extiende una mancha:
Por todas partes aumenta
La morisma sublevada.

¿En dónde está el invencible
Que al musulmán aterraba?
¿Le quita la edad los bríos?
¿Se fatigó su constancia?

¡No! Ya su sangre se enciende,
Ya su indignación estalla:
En pie se pone de un salto
Con agilidad que pasma.

Requiere yelmo y escudo,
Empuña nudosa lanza,
Y sobre el ferrado estribo
Apoya la grave planta.

Mas ¡ay! vejez implacable,
Destruyes, si no acobardas;
Las viles fuerzas del cuerpo,
Heridas por tí, desmayan.

Al verle tan débil, todos
Con vivo interés le calman;
Por fin deja que las tropas
Acaudillen los Moncadas.

***

Sobre el camino arenoso
El sol su lumbre derrama:
Corren hombres y caballos
En busca de frescas aguas.

Tres mil quinientos muslimes
De improviso los atacan:
Rugen cual fieras rabiosas,
Unos con otros se traban.

Cayendo van los mejores
En lucha desesperada:
Muere Serbós, muere Entenza,
Sucumbe también Azagra.

No hay quien resista á los moros;
Á poco más, allí acaban
Con el poder de Don Jaime
Y con la gloria cristiana.

Se llamó *el martes aciago*
Tan terrífica jornada:
Libróse junto á Luchente;
¡Ojalá no se librara!

III.

Los que han podido salvarse
Vuelven á la regia estancia:
Sospecha el Rey lo que ocultan
Al observar lo que callan.

Todos yacen confundidos,
Inmóviles como estatuas;
Cada boca es un sepulcro,
Cada pecho es una fragua.

Indígnase el soberano;
En ardientes oleadas
Le sube la sangre al rostro
Y le oprime la garganta.

Cual fiero rey del desierto
Hundido en angosta jaula,
Que las robustas prisiones
Con rudo empuje desata,

Sacudiendo la melena
Don Jaime las manos alza,
Yergue el cuello musculoso,
Más la estatura agiganta,

Y con voz enronquecida
Por la fiebre que le abrasa,
Puesto en medio de los suyos
De esta manera les habla:

—«¿Por qué calláis? ¿Qué ha pasado?
¿Ya no hay hombres? ¿Ya no hay patria?
¿Teméis que pueda venceros
Esa turba desdichada?

»¿Dónde está Pedro? Hijo mío,
Ven aquí, ponme la malla,
Despliéguese mi bandera,
Deje Tizona la vaina.

»Si el caballo me derriba
Tendréis que llevarme en andas,
Pero yo iré. Vivo ó muerto
Iré á donde todos vayan.

»Á donde estén los muslimes,
Á donde el honor se alcanza.
¡En marcha para encontrarlos!
¡Almogávares, en marcha!»

Las súplicas son perdidas,
Las reflexiones son vanas,
Los que quieren detenerle
Avergonzados se apartan.

Vencidos por el ejemplo,
Al Rey con ardor aclaman;
Fórmanse los escuadrones,
Embrázanse las adargas.

Olas de ciego entusiasmo
Los corazones inflaman.
Ya todos quieren pelea,
Ya todos piden venganza,

Y en confuso remolino
Hasta la llanura bajan,
Como alud que se desprende
Rodando por la montaña.

IV.

Con las tropas escogidas
Va el Príncipe á la vanguardia;
El Rey pregunta anheloso
Cada vez que alguien se para:

—«¿Está cerca el enemigo?»
—«Aun no aparece.»—«Pues anda.»
—«Quizá vamos á encontrarle
Al salir de la cañada.»

Prosiguen los escuadrones,
Rompiendo con algazara
Las amarillas espigas
Que sollozan y se apartan,

Mientras el sol juguetea
En los capuces de grana,
Y los arneses relumbran
Sobre campos de esmeralda.

—«Espera: ¿no serán moros
Los que cruzan por las palmas?»
—«No lo son.»—«Pues adelante.»
Y todos de nuevo avanzan.

Alegres van los soldados,
Gozosa muestran la cara;
Ninguno piensa en su vida
Ni en su madre infortunada.

Y los nobles caballeros
Platicando se solazan,
Cual si tratasen de fiesta
Más que de ruda campaña.

De improviso corta el aire
Una nube de azagayas:
Rápido son de atambores
Pone al cristiano en alarma.

Sin calcular el peligro
El Príncipe se adelanta,
Gritando con voz de trueno:
—«¡Aragón, á la emboscada!»

Le siguen á rienda suelta
Los que á su lado se hallaban:
Asómbrase la morisma
Del ímpetu de la carga.

Al chocar unas con otras
Las filas se desbaratan:
Combátese frente á frente,
Mano á mano, cara á cara,

Llevando el odio en los ojos,
En el corazón la rabia,
En los labios el insulto
Y la muerte en las espadas.

Rotos brazales y yelmos,
Desceñidas las corazas,
En las carnes indefensas
Hiere el cuchillo á mansalva.

Ninguno esquiva los golpes,
Ninguno vuelve la espalda;
Todos desprecian la vida
Por el afán de arrancarla.

Como fieras se revuelven
Sobre la sangre encharcada:
El que no vierte la propia
Lleva en sus manos la extraña.

Se mezclan ayes y gritos
Con el fragor de las armas:
¡Qué imponente martilleo
De los hierros que se aplastan!

¡Qué informe y abigarrado
Pelotón de carne humana!
¡Qué tremenda vocería!
¡Qué pavorosa matanza!

Por fin los cristianos vencen;
Ni un enemigo se escapa:
El que no está prisionero,
Á Dios ha entregado el alma.

***

Llega el Rey; su hijo le mira
Y rápidamente exclama:
—«Perdóname, padre mío,
Si no aguardé á que llegaras:

»No fué por vencer yo solo,
Fué porque el riesgo apremiaba.
Tuya, señor, es la gloria,
Pues tú me has hecho ganarla.»

—«Príncipe, ven á mis brazos
Y en ellos recibe gracias,»
Contesta el padre: «tú vuelves
Por el honor de mis canas.»

176

Estréchanse conmovidos,
Y viendo grandeza tanta,
Con emoción indecible
Todos lloran y se abrazan.

MUERTE DE DON JAIME.

27 DE JULIO DE 1276.

CAMINANDO hacia Valencia
Va Don Jaime con su hueste:
De la postrera victoria
Ciñe los frescos laureles.

Todos le miran sombríos
Al notar lo que padece;
Todos ven con amargura
Que el Rey Don Jaime se muere.

La enfermedad no da treguas;
El monarca lo comprende:
Sintiéndose moribundo
En el campo se detiene.

Con sabias disposiciones
Ordena lo conveniente:
Su memoria nada olvida,
Á todo tranquilo atiende.

En el príncipe Don Pedro
Hace renuncia solemne
De la brillante corona
Que fué ornato de sus sienes.

Le aconseja y le suplica
Que noble en todo se muestre,
Que luche como soldado,
Que como padre gobierne.

Le da su espada Tizona
Para que siempre la lleve,
Y cada vez que la toque
De quién la esgrimió se acuerde.

Le recomienda que siga
La guerra con los infieles,
Que el pabellón de las barras
En sangre mora se anegue.

Á sus buenos servidores
Y caudillos eminentes
Recompensa generoso
Con señaladas mercedes.

Sólo no deja á Don Pedro,
De sus tierras y sus bienes,
El Rosellón y Mallorca,
Que á Don Jaime pertenecen.

Y libre ya de la carga
Que jamás pudo vencerle,
Manda que vistan su cuerpo
Con hábito cisterciense:

Bendice á cuantos le escuchan,
Los ojos al cielo vuelve,
Lleva la cruz á los labios
Y espira cristianamente.

*
* *

Valencia guardó sus restos,
Y luego Poblet. Hoy tiene
Tarragona las cenizas
Del más digno de los reyes.

APOLOGÍA DEL CONQUISTADOR.

La vida del Rey Don Jaime,
Singular y novelesca,
Es la historia de un gran pueblo,
La trama de un gran poema.

Durante el curso glorioso
De su próvida existencia,
El reino de sus mayores
Rompió costas y fronteras,

Como desbordado río
Que las márgenes estrechas
Rebasa para extenderse
Por las campiñas ajenas.

Bajo su mano de hierro
Ya Cataluña es Provenza,
Es Aragón, es Mallorca,
Es Rosellón, es Valencia.

Ya Barcelona vislumbra
La perínclita diadema
Que engalanará sus sienes
Al ser de las aguas reina.

Ya ve humillados los mares
Al peso de mil galeras
Que á los fuertes desafían
Ostentosas y soberbias,

Y que avasallan el mundo
Izando en la popa enhiesta
El pendón enrojecido
Por cuatro barras sangrientas.

***

Cíñese á los nueve años
La dura cota; y apenas
Cumple los once, ya manda
Su escuadrón en la pelea.

Conquista un reino á los veinte;
Á los veinticinco, lleva
En su corte reyes moros
Que le adulan y festejan.

Sin más poder que su nombre,
Todo un pueblo se le entrega;
Dones, títulos, coronas
Renuncia, olvida ó desdeña.

Gana reinos, y los cede,
Porque sobrados le quedan
Para que sus herederos
Solios envidiables tengan.

En los de Francia y Castilla
Dos de sus hijos se sientan,
Y sus bastardos reciben
Copiosa y fecunda herencia.

El moro le rinde parias,
Ciudades y fortalezas.
Sabios príncipes cristianos
Le hacen juez en sus contiendas.

Le da asiento en los concilios
El Pontífice, y desea
Que dirija la cruzada
Contra la hueste agarena.

El sultán de Babilonia
Y el kan de Tartaria prueban
Con obsequios y homenajes
Lo mucho que le respetan.

De sabios y trovadores
En su alcázar se rodea;
Es rey, cronista y soldado,
Como un tiempo Julio César.

Funda estudios, cobra fama
En consejos y asambleas;
El trabajo no le rinde
Ni el pesar le desalienta.

Es dulce padre del pueblo,
De los cristianos cabeza,
Desdicha de los infieles,
Regocijo de la Iglesia.

Modelo de gallardía,
De valor y de prudencia,
Noble, grande, generoso
En la paz como en la guerra.

***

Muy llorada fué su muerte.
Según piadosas leyendas,
Era santo, y por San Jorge
Triunfó en todas sus empresas.

Héroe de treinta batallas,
Supo ganar honra eterna:
Su vida abarcó diez lustros,
Su nombre llenó la tierra.

186

Admirable Cataluña,
La historia te lo demuestra:
Con Otger, ¡cuánta esperanza!
Con Vifredo, ¡qué grandeza!

Con los Borrell, ¡qué hermosura!
Con Berenguer, ¡qué opulencia!
Mas con Don Jaime, ¡qué gloria!
¡Qué magnífica epopeya!

ÍNDICE.

LOS PRIMEROS AÑOS.

Páginas.

Nacimiento de Don Jaime..... 7
La Orden de la Merced..... 15
Casamiento del Rey..... 21
El Trovador..... 27

CONQUISTA DE MALLORCA.

Cortes en Barcelona..... 35
Regocijo en la ciudad..... 39
La expedición..... 43
La tempestad..... 45
Bernardo de Ruydemeya..... 49
Almogávares y adalides..... 51
Los Moncada..... 55
Guillermo de Mendiona..... 61

Páginas.

Sitio de Mallorca 63
Discurso del Emir 67
Asalto de la ciudad. 71

NUEVAS VICTORIAS.

Fáciles conquistas..... 77
Generosidad del Rey..... 81
La segunda esposa..... 85

CONQUISTA DE VALENCIA.

El Rey no huye..... 91
La golondrina..... 93
Los Reyes en el Puig..... 95
Rendición de Valencia..... 99

TRIUNFOS PROVIDENCIALES.

La emboscada..... 111
El Consejo de Ciento..... 115
Conquista de Murcia..... 119
El castillo de Lizana. 121
El Concilio de Lion..... 131

LOS AMORES DE DON JAIME.

Páginas.

Berenguela Fernández..... 139
El presagio..... 141
Guillerma de Cabrera..... 145
Teresa Gil de Vidaure..... 149
Los hijos del Rey..... 155

LOS POSTREROS AÑOS.

La última victoria..... 161
Muerte de Don Jaime..... 177
Apología del Conquistador..... 181